

A partir de este momento tienen lugar los dos sucesos más importantes y significativos del «Informe», narrados en forma de sueño, aunque en esta segunda parte ya no se hace alusión al sueño como tal, sino que los acontecimientos ocurridos se pretenden o se creen reales.

En el primero de ellos, el protagonista se encuentra en una barca que se desliza sobre un inmenso lago de aguas quietas, negras e insondables. Otra vez se halla ante un paisaje tenebroso y oscuro y hace esfuerzos por «avanzar en dirección al Sol, antes de que éste se ponga por completo». Sus esfuerzos están controlados por el enorme anciano ciclópeo de un solo ojo y su única pretensión es llegar a la gruta, «penetrar en ella antes del ocaso». Pero su «viaje», vigilado por seres que no podía divisar, parece ralentizarse, dificultarse, haciéndole imposible alcanzar «la orilla»:

Hacia allá remé, pero mi avance era tan lento como en las pesadillas. Los remos se hundían en aquellas aguas negras y fangosas y yo sentía su pesado chapoteo. (pág. 244, cap. XXII)

Según una interpretación arquetípica de los elementos simbólicos de este pasaje en términos junguianos, el agua representaría el inconsciente; la montaña representaría al protagonista, al propio Fernando Vidal; el anciano de un solo ojo sería la figura del padre, así como una representación del conocimiento mismo; y la gruta, la madre, el útero materno o el alma a la que se desea encontrar¹⁷. En este pasaje también se hace alusión a la idea de la luz y de la oscuridad, que ha estado presente en todo el «Informe». El Sol, la luz, la última luz que le queda a Fernando Vidal está a punto de desaparecer, e incluso él mismo va a ser víctima de una ceremonia en la que, al igual que a Edipo, se le van a extraer los ojos, quedando así convertido definitivamente en un ciego.

(...) vi cómo los grandes pájaros planeaban lentamente sobre mi cabeza. Advertí a uno de ellos que bajaba desde atrás (...) El pico era filoso como un estilete, su expresión tenía esa mirada abstracta que tienen los ciegos, porque no tenía ojos; podía yo distinguir sus cuencas vacías. (...) Sentí que aquel pico entraba en mi ojo izquierdo, y por un instante percibí la resistencia elástica de mi pupila, y luego cómo el pico entraba áspera y dolorosamente, mientras sentía cómo empezaba a bajar el líquido por mi mejilla (pág. 246, cap. XXII).

igual que la sangre descendía por la mejilla de Edipo en la tragedia de Sófocles, episodio con el que este fragmento guarda una estrecha relación. Tras esta ceremonia, Fernando consigue entrar al fin en la gruta, para despertar y advertir que continúa su encierro en la habitación vigilada por la ciega. Pero su viaje definitivo está aún a punto de comenzar.

¹⁷ Sobre este aspecto ver el artículo de Doris Stephens y A. M. Vázquez-Bigi, «Lo arquetípico en la teoría y creación novelística sabatiana», en Helmy F. Giacomani, Homenaje..., pp. 329-358, Nueva York, Anaya-Las Américas, 1973.

7. Viaje definitivo al centro de la tierra

Una vez que Fernando Vidal consigue escaparse de la vigilancia de la ciega, comienza su descenso por los pasajes subterráneos. A partir de ahora todas las alusiones al descenso se van a hacer mucho más evidentes. La progresión y la inmersión se intensifican y los círculos de la espiral se estrechan. También la oscuridad se va haciendo más intensa a medida que se va descendiendo.

Abrí una puerta y me encontré en otra habitación *más oscura* que la anterior, donde nuevamente me llevé por delante, en mi desesperación, mesas y sillas. Tanteando en las paredes, busqué otra puerta, la abrí y una nueva oscuridad, pero *más intensa que la anterior*, me recibió. (pág. 270, cap. XXXIII)

Simbólicamente el agua, como se veía mas arriba, está relacionada con el origen, y por lo tanto, estará presente en este nuevo descenso.

A medida que iba descendiendo sentía el peculiar *rumor del agua que corre* y eso me indujo a creer que me acercaba a alguno de los *canales subterráneos* que en Buenos Aires forman una inmensa y laberíntica red cloacal, de miles y miles de kilómetros. (pág. 271, cap. XXXIV)

Y el descenso continúa incluso más allá de la civilización, más allá de esta red cloacal excavada por los hombres hasta instalarse en la «tierra misma», caminos de tierra cavados por animales prehistóricos.

Empecé a sentir un frío húmedo y entonces advertí que hacía rato estaba caminando sobre un suelo mojado, a causa, seguramente, de los hilillos de agua que silenciosamente descendían por los muros cada vez más irregulares y agrietados; pues ya no eran las paredes de cemento de un pasadizo construido por ingenieros, sino, al parecer, los muros de *una galería excavada en la tierra misma, por debajo de la ciudad de Buenos Aires*. (pág. 273, cap. XXXV)

En este lugar, el protagonista reflexiona una vez más sobre las diferencias que existen entre los dos polos opuestos «arriba» y «abajo», que una vez más ponen de manifiesto la dualidad del «Informe»:

¡Abominables cloacas de Buenos Aires! ¡Mundo inferior y horrendo, patria de la inmundicia! Imaginaba *arriba*, en salones brillantes, a mujeres hermosas y delicadísimas, a gerentes de banco correctos y ponderados, a maestros de escuela diciendo que no se deben escribir malas palabras sobre las paredes; imaginaba guardapolvos blancos y almidonados, vestidos de noche con tules o gasas vaporosas, frases poéticas a la amada, discursos conmovedores sobre las virtudes patricias. Mientras por ahí *abajo*, en obscuro y pestilente tumulto, corrían mezclados las menstruaciones de aquellas amadas románticas, los excrementos de las vaporosas jóvenes vestidas de gasa, los preservativos usados por correctos gerentes, los destrozados fetos de miles de abortos, los restos de comidas de millones de casas y restaurantes, la inmensa, la innumerable Basura de Buenos Aires. (pág. 271, cap. XXXIII)

A continuación, sorteando toda una serie de desfallecimientos y peligros, llega al centro mismo, al origen del hombre y de la tierra donde lo que aprecia es una gran soledad.

La soledad absoluta, la imposibilidad de distinguir los límites de la caverna en que me hallaba y la extensión de aquellas aguas que se me ocurría inmensa, el vapor o humo que me mareaba, todo aquello aumentaba mi ansiedad hasta un límite intolerable. Me creí solo en el mundo y atravesó mi espíritu, como un relámpago, la idea de que había *descendido hasta sus orígenes*. (pág. 273, cap. XXXV)

Por fin se ha alcanzado ese centro que se buscaba durante todo el «Informe», el centro del propio personaje, el supuesto centro de la Secta, el centro o el origen de la tierra. Logrado este conocimiento o revelación —el drama de la individualidad infranqueable del hombre y la angustia inevitable que se deriva de ella— se produce la llamada de la deidad femenina que, vista ahora en su polaridad favorable y redentora, consigue sacar al protagonista de las profundidades en las que se encuentra, mediante el ascenso hacia la luz.

8. *El ascenso final hacia la deidad*

La llegada de Fernando Vidal al punto más profundo de descenso marca el inicio del camino de regreso, la «salida» de ese subterráneo hacia la realidad exterior, que el texto expresa de forma ascendente.

Durante un largo tiempo permanecí de pie, tambaleante, sin saber qué decisión tomar. Hasta que por fin comprendí que debía marchar hacia la región en que parecía advertir cierta tenue luminosidad. Entonces comprendí hasta qué punto las palabras *luz* y *esperanza* deben de estar vinculadas en la lengua del hombre primitivo. (pág. 277, cap. XXXV)

Es en este camino de ascenso donde el protagonista tiene una segunda alucinación. La cueva en la que se encontraba —red cloacal de Buenos Aires— se convierte en un anfiteatro iluminado por un astro «cien veces mayor que nuestro Sol». El paisaje que se describe a continuación de nuevo cobra tintes tenebrosos y oscuros. Fernando Vidal se encuentra ahora en un páramo, en una cordillera lunar desolada por una gran catástrofe. Todos los elementos que habían aparecido a lo largo del «Informe» se invierten. Ya no se hablará más de descenso, de caída ni de subterráneos sino de elementos ascendentes, verticales, que apuntan al cielo:

(...) contra un *cielo de nubes* que parecían desgarrados y deshilachados algodones empapados en sangre, se recortaban extrañas *torres de colosal altura*, derruidas por los milenios y acaso, también por la misma catástrofe que había desolado aquel

territorio. Esqueletos de *altas hayas*, cuyas espectrales siluetas cenicientas contrastaban sobre el rojo sangre de aquellas nubes (...) (pág. 278, cap. XXXVI)

Las «torres», resto de alguna posible civilización de «gigantes feroces y misántropos», no son sino parte de una muralla que esconde la estatua sagrada de la deidad con el gran Ojo Fosforescente en su vientre. Esta deidad se describe como mujer terrible o fatal que coincide con la visión que tienen los poetas franceses y su representación de una mujer-negra y mujer-vampiro:

En el centro distinguía ahora con nitidez la estatua de una deidad desnuda en cuyo vientre brillaba el Ojo Fosforescente. (...) La deidad estaba hecha de piedra ocre. Su cuerpo era de mujer, pero tenía alas y cabeza de vampiro, en negro brillante basalto. Sus manos y sus pies terminaban en poderosas garras. (pág. 279, cap. XXXVI)

También la guardiana ciega de la casa de Belgrano —la propia Alejandra— es descrita como «una mujer de piel negra y ojos violetas». Y de nuevo se vuelve a hacer hincapié en la altura, la verticalidad y el ascenso.

Las veintiuna *torres* eran los *vértices* de una muralla poligonal, hacia la que me acerqué en jornadas crecientemente agotadoras. Y a medida que la distancia disminuía, su *altura* era más pasmosa. Cuando estuve a sus pies y dirigí la mirada hacia lo alto, calculé que aquella muralla, al parecer impenetrable, tenía la altura de una *catedral gótica*. Pero las torres eran probablemente más altas. (pág. 279, cap. XXXVI)

El recorrido, antes progresivamente descendente, ahora se convierte en un penoso ascenso por «escalinatas», «escalones» y «túneles ascendentes». El mal, la ceguera, es sustituida por la visión de ese Ojo Fosforescente en el que acabará la larga peregrinación:

En la puerta se iniciaba una *escalinata* de piedra que conducía hacia el Ojo Fosforescente. Miles de *escalones que debería subir*. Temí que el vértigo y la fatiga pudieran vencerme. Pero el fanatismo y la desesperación me poseían salvajemente y empecé *el ascenso*. (pág. 280, cap. XXXVI)

Así, el «héroe» emprende el camino ascendiendo por la «inmortal escalera», hasta que el gran Ojo revela el sentido de tal ascenso: «Entra. Este es tu comienzo y tu fin». Y realmente lo es, ya que el protagonista vuelve a lo que sería el útero materno en las entrañas de su hija Alejandra, con lo que se está cerrando un círculo completo.

Me incorporé y, ya enceguecido por el rojo resplandor, entré.

Un fulgor intenso pero equívoco, como es característico de la luz fosforescente, que diluye y hace vibrar los contornos, bañaba un *largo y estrechísimo túnel ascendente*, en que me fue preciso *trepár* reptando sobre mi vientre. (pág. 280, cap. XXXVI)

Ceremonia ritual que va a concluir con ese nacimiento a una nueva realidad después de la purificación por el descenso y en el que no podía faltar la alusión al agua, líquido materno de la vida.